

Los Ultras Sur encienden bengalas para celebrar un gol en un derbi contra el Atlético en 1999.

REUTERS

‘La tribu vertical’, escrita por el periodista y ex ultra Borja Bauzá, muestra desde dentro el funcionamiento y la historia de los radicales del fútbol español. Con la violencia como centro de todo, expone los errores del estereotipo: “No sólo son rapados de pocas luces, hay muchos padres de familia con carreras de prestigio”

Por Iñako Díaz-Guerra

EL ULTRA DE LA FOTO PODRÍA SER SU PEDIATRA: “HAY VIDA INTELIGENTE EN ESE MUNDILLO”



C

consulta de pediatría del doctor Jiménez, ¿en qué puedo ayudarle?

—Alberto, hemos quedado a las 11 para pegarnos con los del Sevilla.

—Joder, no llego, tengo consulta hasta las cuatro. ¿Se puede retrasar?

—Hablo con ellos y esperamos, si no nos pilla antes la Policía.

Lo único ficticio de la conversación anterior es el nombre. «Ingenieros, abogados, profesores, politólogos, biólogos... Ese vecino que te saluda sonriendo en el ascensor puede ser un *hooligan*», resume Borja Bauzá (Madrid, 1985). Él lo sabe bien. El periodista acaba de publicar *La tribu vertical* (Libros del K.O.), un tomo de casi 400 páginas que repasa la historia de los radicales futboleros en España a base de testimonios, principalmente, de los propios implicados. Empezando por el autor, que durante siete años perteneció a un grupo ultra del Real Madrid: Orgullo Vikingo. «Sali hace 15 años, dejé de interesarme estar metido en ello, pero no el fenómeno. Mantuve amigos y contactos, además del conocimiento de haber pertenecido al mundillo. Porque todo el mundo en España tiene una opinión formada de lo que es un ultra, el estereotipo del rapado violento y de pocas luces, pero es una imagen monocromática, sesgada y errónea en muchos casos», explica.

—¿Qué pretende con este libro?

—Dar voz a los que no la tienen y demostrar que hay vida inteligente en el mundo ultra.

Con matices, pues cabría discutir cuán inteligente es liarse a hostias por hobby, lo consigue. Cuenta Bauzá que se decidió a escribir *La tribu vertical* animado por Nacho Carretero, autor de *Fariña*, y tiene sentido. Como el ya clásico manual sobre el narcotráfico gallego, ilumina un rincón de nuestra sociedad que todo el mundo sabe que existe, no le gusta demasiado, pero lo asume y mira hacia otro lado como si aquello no fuera con ellos. Aunque sí va. El libro se lee de un tirón y triunfa en su intento de mostrar que, como los fans de Arde Bogotá o los amantes del CrossFit, los miembros más turbios de la ciudadanía se esconden a simple vista, pero...

Al igual que sucede con la obra de Carretero, que convirtió a Sito Miñanco en icono pop, Bauzá flirtea con la apología del delincuente, con romantizar y blanquear un fenómeno que es un problema real y serio. Según datos de la Policía Nacional, hay más de 10.000 ultras activos y desde la pandemia están creciendo los incidentes violentos que protagonizan, a razón de unas 85 que requieren intervención de las fuerzas de seguridad por temporada. Entre los 15 grupos operativos catalogados por la Policía como «muy peligrosos» se encuentran los sospechosos habituales (el Frente Atlético, los Biris sevillistas, los Bukaneros del Rayo, los osasunistas Indar Gorri...) y otros a los que sus clubes expulsaron del estadio pero siguen actuando fuera, caso de los Ultras Sur madrildistas y los Boixos Nois culés. La irrupción de las redes sociales, además, ha disparado la visibilidad de estas peleas: antes se enteraban cuatro, ahora todo se graba y se viraliza en cuestión de minutos.

P. ¿Glorifica 'La tribu vertical' un mundo, en bastantes casos, criminal?

R. No es mi intención. Actuó como bisagra entre la realidad del mundillo y lo que se ve desde fuera y no pretendo cambiar la opinión de nadie, sólo que se opine con conocimiento. No oculto lo malo, los muertos y la violencia están ahí, pero planteo que el estereotipo es incompleto, una media verdad. Claro que hay ultras que han visto demasiadas veces





American History X y sólo quieren raparse, juntarse con la tribu y meterse en peleas, pero es ridículo pretender hacer un retrato robot. Nadie puede definir a un ultra porque puede ser cualquiera.

¿Sabes algo que no hay en estos grupos?

P. ¿El qué?

R. Clases sociales. La jerarquía se establece por antigüedad e implicación.

P. Y por lo violento que seas.

R. Sí. Cuanto más duro seas en las peleas, más respeto. No hay mundo ultra sin violencia. La mayoría son violentos por convencimiento. Es el centro del movimiento. No lo es todo, pero es indispensable.

La violencia es el hilo conductor de una historia que arranca en los primeros años 80, antes y después del Mundial de España, cuando nacen los primeros grupos influidos por los estéticamente muy atractivos *tifosi* italianos y por los *hooligans* ingleses desplazados para liarla durante el campeonato. Poco a poco, Biris, Boixos, Frente o Ultras Sur van tomando cuerpo a partir de peñas anteriores y respaldados en gran medida por los clubes, que veían en aquellos muchachos a unos jóvenes revoltosos que daban color a la grada y eran útiles si se les controlaba mediante prebendas. Cuarenta años después, muchos de esos clubes no han cambiado su actitud.

Algunos, como Real Madrid o Barcelona, los echaron del estadio respaldados por la fuerza de los números. Con unas masas sociales enormes y escasa simpatía de la afición *civil* hacia unos ultras que no llegaban a ocupar el 1% de la grada, Florentino Pérez o Joan Laporta dieron un paso que, aunque Bauzá lo define como «fácil», les costó años de amenazas. Otros, como Atlético o Sevilla, donde tanto el porcentaje de radicales como el apoyo del resto de hinchas son más elevados, siguen utilizando la táctica que siempre ha definido la relación entre clubes y ultras en España. Lo explica el autor: «La máxima que ha imperado por ambas partes y la frase que más han repetido unos y otros es que 'hay que entenderse'. Los clubes siempre han tenido más interés en domesticar a los ultras que en expulsarlos».

Tifos, cánticos, colectas sociales, ambiente... Todo eso son también los ultras y es a lo que muchos clubes y aficionados no han estado dispuestos a renunciar. Siguen sin estarlo. En el Atlético, por ejemplo, gran parte del rechazo social hacia el Frente se diluye cuando sus iniciativas permiten recuperar el escudo clásico o erigir una estatua a Luis Aragonés en el Metropolitano. Cada club tiene sus historias de este tipo y, así, la relación simbiótica permanece en una contradicción crónica que los radicales denuncian constantemente en el libro: los mismos que quieren echarlos o limitarlos, desde LaLiga a la UEFA, no se cortan a la hora de presumir de ambientazos con fotos de sus tifos o vídeos de sus recibimientos. El cinismo es evidente.

«Desde hace 10 o 15 años muchos clubes han intentado amansarlos a través de las gradas de animación, que son una solución intermedia copiada de Alemania. Hay casos, como la del Alavés, que incluso han mejorado el ambiente, pero otras, como la del Real Madrid, no tienen calle ni alma. En cualquier caso, da lo mismo. Los ultras siempre se adaptan. Los grupos siguen existiendo y los violentos se comportan en el contexto de estas gradas y la lían fuera del estadio como toda la vida. Todo se discute, pero nada cambia», reflexiona Bauzá.

Y es que quizás lo más interesante que descubre *La tribu vertical* es la existencia en el mundo ultra de un constante debate interno respecto a la violencia y sus límites. Saben



Un ultrasur hace un gesto obsceno en la grada del Bernabéu en 1994, cuando aún podían entrar al estadio. JAVI MARTÍNEZ

que la persecución policial y el estigma social provienen de ella y en foros y fanzines discuten sobre cuánto y cómo pelearse. Eso sí, muy pocos están totalmente en contra. Al final, es como leer a Max Verstappen y Fernando Alonso discutir sobre si es más responsable ir a 300 o a 320 kilómetros por hora, pero el caso es que el debate existe.

¿Sirve de algo? Por lo que cuentan los protagonistas en el libro, no. Uno de los mayores insultos que un ultra puede decirle a otro es «navajero», pero las armas blancas siguen apareciendo constantemente en las peleas. La excusa más habitual entre los no abiertamente violentos es que sólo actuarán para defenderse si van a buscarles, pero es increíble la cantidad de veces que un grupo acaba defendiéndose de otro que también asegura estar defendiéndose. La casualidad... Capítulo tras capítulo asistimos a una versión XXL de la fábula del escorpión cruzando el río a lomos de la rana. Sabes que más pronto que tarde va a clavar el aguijón aunque se ahoguen ambos. Es su naturaleza.

Hubo un momento en que quizás se pudo aplacar la testosterona enfrentándose a un enemigo común sin mandíbula que partir: el fútbol-negocio. «Desde finales de los años 90 hasta 2014 [el asesinato de Jimmy, ultra del Deportivo, en una pelea en Madrid con miembros de Frente Atlético] hubo un amago de emular lo que estaba sucediendo en Alemania y coordinarse, grupos de derecha y de izquierda, para hacer un frente común contra la mercantilización del fútbol. La llegada de especuladores extranjeros, las subidas de precios de las entradas, el caos de los horarios... En definitiva, todo en lo que no cree la cultura de grada. Al final, no funcionó», resume Bauzá.

P. ¿Por qué fracasó?

R. Los grupos de derechas se cansaron pronto. Mientras los de izquierdas, como Bukaneros, sí creen de verdad en su

faceta social y lideraron protestas de más calado, los ultras de extrema derecha siempre lo han sido más por estética que por ética.

P. ¿Los nazis no son nazis?

R. A ver, no son Sid Vicious, no todo es pose. La gente se lo cree y simpatiza con esas ideas, pero el futbolero militante de derechas no es ni el 10 por ciento. De hecho, las propias organizaciones políticas de esa ideología suelen intentar apartarse de los grupos ultras porque no les ven más utilidad que actuar de *seguratas* en sus actos. Les parece que restan más que suman.

En cualquier caso, la escena ultra española es especialmente política y en función de las adscripciones ideológicas se vertebran las filias y fobias. En palabras de Bauzá, «es un caso que sorprende en el resto de Europa, porque sólo en Italia sucede algo parecido». El autor también desmonta la idea de que los grupos de izquierdas son menos violentos: «La diferencia es que en la sociedad cae mejor una bandera con el Che Guevara que otra con una esvástica y, por encima de todo, que los de derechas arrastran el estigma de los muertos. Frederic Rouquier [asesinado por los Boixos en 1991], Aitor Zabaleta [apuñalado por miembros de Bastión, una escisión del Frente Atlético, en 1998], Jimmy... La izquierda no ha cruzado ese límite, seguramente por azar, pero Bukaneros, Biris o Riazor Blues son grupos extremadamente contundentes. No hay diferencia». Y remata: «Ahora, con la frustración de que la lucha contra el fútbol moderno se haya enfriado, lo que les queda en esencia son la calle y las peleas».

P. ¿Por qué? ¿Qué tiene la violencia?

R. Es la pregunta del millón. Hay artículos y artículos en fanzines ultras filosofando sobre ello. Y la conclusión es siempre parecida: sus efectos son divertidos. La adrenalina, la sensación de hermanos de sangre, pelear codo a codo con tus amigos... Es adictivo.

P. ¿Participó en peleas en sus tiempos de ultra?

R. Mi grupo era apolítico y había dos corrientes respecto a la violencia: unos totalmente en contra y otros que abogaban por defenderse si nos venían a buscar. Digamos que yo alguna vez me defendí.

Al final, tras 400 páginas que se devoran, todo vuelve a lo primario: la tribu, el sudor, la virilidad supuestamente amenazada. Aunque ha habido mujeres en los grupos ultras desde los 80, siempre han sido una minoría, no se han implicado demasiado y su presencia en las broncas ha sido casi inexistente. Ha habido excepciones, claro, pero las pocas que han ascendido en la jerarquía lo han hecho en roles logísticos y de organización. La violencia es coto masculino.

Octavio Salazar, jurista especializado en sociología y autor de *El hombre que (no) deberíamos ser*, no se sorprende: «Al estudiar la masculinidad siempre acaba saliendo la homosociabilidad, la necesidad de ciertos hombres de establecer vínculos exclusivamente con otros hombres y reafirmar su personalidad desde la pertenencia a la manada. Esto casi siempre deriva en violencia. El fútbol es sólo la excusa para fabricarse una identidad colectiva y sentir un poder que la manosfera, estas comunidades de hombres que se sienten agraviados por los avances sociales, piensa que ha perdido. Es un refugio para su orgullo herido». Y añade algo que valida definitivamente *La tribu vertical*: «Este tipo de grupos masculinos son siempre espacios opacos. Sabemos que existen, pero no logramos desentrañarlos al desconocer cómo funcionan por dentro». Hasta ahora.

Así que lean y estén atentos: ese ultra podría ser su pediatra. ■



CARMEN MORILLO

PRESENTA

LOS COLORES DE LA ESPERA

«Una trama repleta de emociones a lo largo de tres décadas fascinantes»



DESCUBRE MÁS AQUÍ:

<https://carmenmorillorod.wixsite.com/lcdle>



Círculo Rojo
EDITORIAL

YA A LA VENTA

editorialcirculo rojo.com

www.editorialcirculo rojo.com